

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Advertencia.—¡Que cuadro tan sombrío!.—En el campo —En el ensayo.—Dictados de ultratumba —Pensamientos.

## ADVERTENCIA.

Tomando ejemplo de la «Revista de Estudios Psicológicos» que hace 18 años que se publica en Barcelona, y que apesar de su larga campaña, tuvo que poner en su número de Diciembre último un anuncio diciendo, «que solo mandaría el número de Enero, á los que hubiesen renovado la suscripcion, ó dado aviso que pagarían en mejor ocasion.»

Siguiendo nosotros la senda trazada por una de las Revistas Espiritistas más antiguas y mejor escritas de España, decimos á los suscritores de LA LUZ DEL PORVENIR que los que no hubiesen renovado la suscripcion antes del 10 de Mayo, ó dado aviso en esta redaccion, que continuan suscritos, no recibirán ningun número del año octavo que comienza el 27 de Mayo.

Triste y hasta vergonzoso, es tener que poner en periódicos espiritistas las *advertencias* que las apremiantes circunstancias nos han obligado á insertar más de una vez en LA LUZ DEL PORVENIR, repitiendo hoy á nuestros suscritores, que LA LUZ al entrar en el año octavo de su humilde existencia, necesita irremisiblemente del apoyo material de sus lectores; pues su directora solo puede darle la vida moral, pues que carece en absoluto de bienes de fortuna.

¿Tendrá que morir de inanicion un periódico de los más baratos de España, útil para la mujer; y para la escuela espiritista? el tiempo responderá á nuestra pregunta.

## ¡QUÉ CUADRO TAN SOMBRÍO!

Cuando las grandes poblaciones se entregan en ciertas épocas del año á ruidosas fiestas, hacen un contraste horrible los mendigos al pié de las lujosas carretelas.

Al ver los preciosos sombreros de los niños ricos cerca de las mugrientas gorras de los pordioseros, parecen estos últimos más desventurados; su traje súcio y harapiento es aun más repugnante al lado de los abrigos de terciopelo, de las plumas, de las ricas pieles, de las magnificas blondas, de las lindas flores y de los chales de cachemira.

Últimamente hemos visto un cuadro que nunca podremos olvidar. Si algo tiene el Carnaval, risueño y agradable, es contemplar á los niños con un traje de época. No hay nada más bello que una cabecita infantil, con el cabello empolvado, sosteniendo su sombrero de *tres candiles* ajustando su talle bordada casaca, descansando alrededor de su cuello riquísima gorguera de encajes, dando el brazo á una pequeña dama con artístico peinado, gran tontillo y luenga cola; consuela ver aquellas caritas alegres, sonrientes, afectando cómica gravedad, para hacer honor á su traje; otros chicuelos más democráticos en sus gustos, prefieren disfrazarse de aldeano, de pescador, de

andaluz ó de valenciano, irradiando en aquellos semblantes la alegría más pura, el placer más inocente, la satisfacción más inmensa.

¡Con cuánto placer miramos á los niños en esos breves momentos de felicidad!

Yendo una mañana por una de las calles más céntricas de Barcelona, nos detuvimos porque la aglomeración de carros, carretones y un coche Ripper impedían el paso y obligaban á los transeúntes á formar grupo. En el último vehículo citado, iba sentado en la banqueta delantera un niño de siete ú ocho años, vestido lujosamente con el traje de campesino catalán. Un caballero de edad mediana iba sentado junto á él, y le llevaba sujeto por la cintura con paternal solicitud; el chicuelo hablaba y gesticulaba, y blandía su vara con gran soltura; su barretina de color de grana parecía que daba más animación á aquel rostro risueño, en el cual irradiaba esa expansiva satisfacción que sienten los niños mimados creyendo en su inocencia que todo el mundo es suyo.

Se aumentó la confusión, porque un caballo se alborotó, y el padre del chiquitín se apresuró á sentar al niño sobre sus rodillas, por más que éste quería ponerse en pié, indudablemente para castigar al rebelde cuadrúpedo; pero su padre le acarició, y oímos que el muchacho le decía:

—No tengas miedo, que no me caeré. Por fin, todos los vehículos se pusieron en movimiento, y vimos alejarse el coche Rippert, que entre sus pasajeros llevaba dos seres unidos por el amor más puro de la tierra.

Nos dejó una impresión agradabilísima el rostro de aquel niño, y cuando íbamos más embebidos en nuestras dulces reflexiones, unos cuantos chicuelos nos distrajerón con sus gritos y carcajadas, miramos, para ver de que se reían, y vimos un cuadro que, como hemos dicho ántes, nunca podremos olvidar.

Un hombre de unos cuarenta años, envuelto en un leviton de militar, de paño azul muy viejo, llevando en el pecho muchas cruces y condecoraciones formadas con cinta color de grana y botones dorados, destacando en primer término una gran placa de metal, luciendo en las mangas muchos galones, se hallaba recostado contra la pared.

De rostro oval, rodeado de una espesa barba negra, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos, inmóviles; parecían los ojos de un espectro; sus cabellos, negros, abundantes y lacios, caían sobre sus hombros, descansando en sus sienes una vieja corona de cartón, forrada de talco de diversos colores, su frente, pálida y espaciosa, no carecía de cierta majestad; erguía la cabeza con aire orgulloso, y parecía que aquel hombre no era extraño á las insignias reales; su porte era distinguido, aristocrático; la expresión de su rostro era dura, terrible, amenazadora; llevaba una cuerda de esparto atada á la cintura, de la cual pendía un cabo, cuya punta rodeaba el talle de una niña de cuatro años, vestida de aldeana, que llevaba en sus brazos una muñeca; pero aquella infeliz criatura, á pesar de ir disfrazada (que es la ilusión de todos los niños), á pesar de llevar consigo la mejor compañera de la niñez, en sus ojos enrojecidos, en sus mejillas pálidas, en sus labios contraídos por un gesto indefinible, no se encontraba la huella de la alegría infantil. Nunca hemos visto un rostro que mejor expresara la miseria, el abandono y la soledad. ¡Qué semblante tan triste, qué expresión tan amarga la de sus ojos, que, aunque enjutos en aquellos momentos, se adivinaba que continuamente debían ser lavados por las lágrimas!

¡Qué diferencia entre aquella pobre niña y el niño que vimos minutos ántes: la una tenía, en su corta edad, que guiar á un ciego; el otro, tenía los brazos de su padre, dispuestos siempre á preservarle del peligro; ella luchando con la adversidad, él sonriendo entre caricias... los dos son inocentes!.... Y ante estos cuadros de la vida ¿habrá quién niegue la pluralidad de existencias del alma?.... Quién las niegue, de-  
lira.

Nos impresionó tanto aquel mendigo ciego con su corona real, que él llevaba con

cierta majestad, moviendo la cabeza con notable desembarazo, aquel rey sin pueblo, objeto de una burla tan horrible, tan despiadada, nos hizo un daño inmenso, porque en aquel hombre que la miseria y la enfermedad habian reducido á la más dolorosa impotencia, veíamos en su rostro una expresion de crueldad inexplicable, y la rebel- dia de aquel espíritu nos causaba espanto.

¿Qué habrán hecho estos dos séres?—decíamos—¿qué lazo terrible les habrá unido en otra encarnacion que hoy vienen á expiar juntos? ¡ El uno sirve de víctima, el otro de implacable verdugo! Sin duda en esta existencia deberán haber trocado sus res- pectivos papeles.

Nos figuramos que la voz de aquel hombre debia ser de un timbre desagradable, y no nos engañamos; nos acercamos á él, y dejando en su mano una moneda de cobre, le preguntamos:

—¿ Es hija de V. la niña que le acompaña?

El mendigo hizo un movimiento de enojo, y contestó con desabrimiento despues de algunos segundos:

—Sí, señora.

Nos parecia que álguien decia en nuestro oido:—¡ Miente!—Y sin duda aquel hom- bre no decia la verdad, porque con duro acento le dijo á la niña:—Anda, Pilar, anda aprisa;—y la niña se movió como un autómatæ, apretando la muñeca contra su pe- cho.

Seguimos andando, y nos volvimos de nuevo para mirar aquel cuadro, que nos atraia como atrae el abismo; aquel mendigo coronado nos impresionaba dolorosamen- te, y, dominados por una fuerza impulsiva nos acercamos á Pilar para ver si encon- trábamos algo risueño en su semblante; pero ¡ay! entónces vimos lo que no habíamos visto antes; en sus enflaquecidas y amarillentas mejillas se notaban las huellas san- grientas de profundos arañazos, lo que demostraba que la pobre niña debia ser golpea- da brutalmente.

Una mujer del pueblo miraba tambien á la pequeña mendiga, y nos dijo con dul- zura:—¡ Pobrecita! ¡Qué cuadros tan tristes se ven, válgame Dios! Si V. hubiera oido á esta infeliz hace pocos momentos que se desgarraba, llorando, pidiendo una muñeca; el ciego la pegaba bárbaramente, y á mí y otras mujeres nos dió tanta lástima porque ya sabemos lo que son las criaturas, que entre cuatro le compramos esa muñeca que V. la ve, y se conoce que ese hombre no es su padre, porque si lo fuera se hubiera alegrado de ver á su hija contentæ; y muy al contrario, que poco ménos nos ha insultado porque no le habíamos dado los cuartos á él. ¡Pobre criatura, qué síno tiene tan desgraciado!

Al oir el relato de aquella mujer, sufrimos por los dolorosos detalles que nos dió sobre la vida de la pobre niña, y al mismo tiempo gozamos al ver que aun hay en la tierra quien sabe compadecer.

Permanecimos algunos momentos más mirando al ciego porque, á pesar de que nos inspiraba profunda repulsion, no podíamos ménos de reconocer en él cierta distincion y majestad; queríamos ver en su frente la historia de su pasado; aquella corona, aquella parodia horrible nos hacia mucho daño, y profundamente preocupados segui- mos nuestro camino dando gracias á Dios de encontrarnos en las condiciones que hoy vivimos, porque en comparacion de esas grandes desventuras somos dichosos.

¡Qué situaciones tan espantosas atraviesa el espíritu!....

»Aun no lo sabes bien (nos dice uno de nuestros amigos invisibles); el abismo del dolor es tan profundo, que aunque estuvieras millones y millones de siglos descendien- do nunca llegarías al fondo de la tenebrosa sima de las expiaciones.

»No existe el infierno de la fábula religiosa, pero el espíritu no tiene derecho á ser

feliz hasta que ha pagado ojo por ojo y diente por diente. La Ley de Dios es la justicia, aunque es innegable su benevolencia, y de ella os pondré un ejemplo.

»De un hombre robusto y pleno de salud, aunque le veais muy pobre, que ha de trabajar de día y de noche para ganarse su sustento, no le compadeceis; pero si veis un ciego, un mudo, un paralítico, le mirais con lástima, le socorreis; os inspira tan profunda compasion, que siempre que le recordais decís: ¡Pobrecito! ¡Cuánto sufre! ¡Infeliz..... qué vida tan triste es la suya! Y sobre aquel sér miserable se fijan muchas miradas compasivas y, en realidad, compasion merece, más que su estado físico, su situacion moral.»

»Con raras excepciones, todos esos séres que veis cubiertos de lepra ó arrastrándose por el suelo, ó privados de la luz del día, ó tullidos sin movimiento alguno, ó padeciendo una de esas enfermedades repugnantes á la vista y dolorosísimas en las sensaciones que producen, todos esos desgraciados son los grandes criminales de ayer. Son los Césares, son los sanguinarios conquistadores, son los que se llamaron los sucesores de San Pedro, son los falsos ministros de las religiones, que vivieron en medio de la concupiscencia, ó sea el más desenfrenado libertinaje; son los sodomitas; son los que en medio de las mayores iniquidades derramaron rios de sangre para vivir ellos entre los placeres del lujo, del escándalo y de la prodigalidad; son los que violentaron todas las leyes; son los que cohabitaron con sus hijas y vendieron y repudiaron á sus esposas; son los que embrutecieron y pervirtieron á los mancebos, acostumbrándolos á una vida lincenciosa; son los que profanaron y violaron á las vírgenes del Señor; son los que se gozaron en el exterminio; son los que mancharon el tálamo de sus siervos; son los que abusaron en todos sentidos de su poder y de su ciencia; son los que empobrecieron á los pueblos; son los que vieron la luz y difundieron las tinieblas: esos son en su mayoría los ciegos y los paralíticos de la tierra, que si viven en medio de las más horribles privaciones, al ménos nadie maldice su memoria; si álguien les recuerda, es para compadecerlos, exceptuando los séres que tengan más intimidad con ellos; éstos les concederán lo que con su proceder se hayan granjeado, pero la generalidad les compadece: ya veis si la misericordia de Dios es infinita: es muy distinto morir entre las explosiones del ódio, á dejar ese mundo olvidado de muchos y recordado por algunos con tierna compasion.»

»El que hizo verter mares de llanto, es necesario que beba gota á gota ese licor amargo, que ni apaga la sed ni aplaca el hambre: en vuestro planeta se ha pecado mucho, y mucho, por razon natural, tienen que expiar sus moradores: por eso veis esos cuadros tan sombríos que tanto y tanto os impresionan, como el ciego disfrazado de soberano que vísteis últimamente. ¡Pobre espíritu! que ni el hambre ni la impotencia física abaten su soberbia ni dulcifican la ferocidad de su carácter. Tiene iguales condiciones en las gradas de un trono y á las puertas de los templos implorando caridad; se complace en el mal y tiraniza á los séres que tiene bajo su custodia.

»Amad y compadeceid á esos ciegos de entendimiento; mirad en ellos las consecuencias de los grandes abusos; considerad á que situacion tan penosa quedan reducidos los que violaron las leyes del Señor, y procurad vosotros no atraer sobre vuestra cabeza, no la cólera divina, como dicen las religiones, sino los efectos del desórden, de la violencia, del olvido absoluto de todos los preceptos morales.

»Leed en esos volúmenes, estudiad en esos séres privados de todo lo necesario, que no tienen donde reclinar su sien, y no olvideis que sólo vosotros tejeréis la tela de vuestra vida. Cuando veis uno de esos desgraciados que no tiene en la tierra nada que le sonría, sufrís; pero vuestro sufrimiento es un aviso providencial, porque á veces despertais de vuestro sueño, veis á donde os dirigís, y retrocedeis con espanto; os acostumbrais al sufrimiento, y como los esclavos, cantais al compás de vuestras cadenas,

y es preciso que comprendais que el espíritu no ha sido creado para vivir en la servidumbre como vivís vosotros. Trabajad en vuestra regeneracion, engrandeced vuestras aspiraciones, no os contenteis con nutrir vuestro cuerpo y entregáros al descanso, haciendo hoy lo que hacíais ayer; eso no es vivir, eso es vegetar, eso es descender y buscar para mañana el volver á la tierra en las tristes condiciones del pobre ciego que tanto os impresionó con su corona real, símbolo de la grandeza y de la miseria humana.»

»Trabajad sin descanso si quereis gozar despues un momento de solaz; no olvidéis el aforismo de uno de vuestros historiadores contemporáneos; *en el trabajo está el reposo, y en el reposo está el trabajo.*»

»Sed activos, y descansareis mañana en otros mundos donde no hay pordioseros disfrazados de reyes, ni reyes aun más pobres que los mendigos.»

Dice muy bien el espíritu; debemos trabajar incesantemente para salir de un planeta donde el hombre pensador vive muy mal; nosotros lo confesamos ingénuamente, cada dia sufrimos más en la tierra, cada dia nos hiere más á fondo la indiferencia y el desvío de sus habitantes; quisiéramos ser sábios, quisiéramos ser buenos, para comenzar una nueva vida más armónica, más dulce, más pura.

Cuando fijamos nuestra mirada en uno de esos mendigos en cuya frente se lee una historia, sentimos un dolor agudo en el corazon y en el cerebro: ¿es que recordamos lo que fuimos ó presentimos lo que seremos?

¡Qué cuadros tan sombríos hay en la tierra! Inútil es que busquemos aquí la felicidad, porque no puede existir en un mundo de expiacion.

¡Dichosos los espíritus regenerados; porque no verán en torno suyo los tristísimos cuadros de las miserias humanas!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## EN EL CAMPO.

---

### ARTÍCULO DIECISIETE.

#### LA CASA.

Las ropas habrán menester un estúdio exacto para su aprovechamiento y utilidad pronta; el órden invariable y jamás interrumpido por nada, ha de ser la base de su colocacion; que estén vuestros armarios siempre dispuestos para una catástrofe. La herida inesperada, el golpe inevitable, la rápida enfermedad, el viaje imprevisto, pueden venir de un momento á otro, y entónces ¡qué trajinar! ¡qué apuros! ¡qué de atolondramiento si se buscan las sábanas y salen las medias, si se buscan los vendajes y salen las almohadas! ¡Qué sofocacion, si se busca la muda para el ensangrentado herido, y sale un cobertor de camal! Todo esto hay que prevenirlo, meditarlo como inevitable que es en todo hogar, bien afortunado si no sufrió jamás uno de estos lances; hay que prevenir estos momentos de angustiosas premuras, y colocar las ropas en posiciones factibles; anchos y nunca profundos armarios donde todo esté á la vista, donde baste una mirada, y la invariabilidad del sitio ocupado por las ropas desde su instalacion primordial, para apoderarse del objeto deseado. Si no basta esto y la abundancia de ropas, que toda será poca tratándose de la blanca, lo exigiese, póngase una lista enumerando lo contenido en cada armario, y cuídese siempre del perfecto é igual doblado de las prendas, segun su clase y el uso á que se destinen; de este modo todo estará dispuesto; y además no hay que olvidarse ni un punto de la muerte: está en-

tre nosotros, y no hay que huir de ella temerosos como de un fantasma; hay que aceptarla tranquila y serenamente, cuidando hasta el último instante de nuestros deberes de la vida; hay que tener esas ropas siempre prontas á envolvernos por la postrera vez, y cuidar minuciosamente que el desorden, el desaseo, la falta de prevision no causen, á los que nos ven partir, la más leve é insignificante molestia, que ¡harto sufre y siente su alma con nuestra despedida, para añadir á sus instantes de angustia las infinitas contrariedades de los pequeños detalles! Vana y nécia frase del más sutilísimo egoísmo es esa que dice: «Después de muerto, ¿á mi qué?» *A mí*, es decir, al que se va, nada, en efecto, le importa, y bien cierto es que puede tenerle sin cuidado podrirse en un erial ó ser devorado por los perros; pero el que se queda es diferente, y nuestro espíritu, semejante en esto á los fuegos fátuos que ondean sobre nuestros huesos, tiene que llevar más allá de la finita existencia del cuerpo su altísima potencia racional, punto de union que tiene con lo eterno y con lo inmortal. Hay que pensar en los que se quedan, y cumplir con ellos hasta más allá de la desorganizacion material nuestros deberes de seres pensantes, y la mujer en los suyos, que todos están relacionados con el hogar, ha de pensar en que sus ropas estén preparadas útil y ordenadamente para no dar trabajo intempestivo ni enojoso á los que la sobreviven.

Tenedlo todo preparado; ¿creeis, acaso, que la vida es otra cosa que una peregrinacion hácia la muerte? Pues prevenid ese final, como inevitable que ha de ser, y como posible el que sea inesperado, y prevenidle, no en favor vuestro, sino en favor de aquellos de quienes esteis rodeadas.

La casa vuestra, la casa adquirida merced á los esfuerzos de la familia; la casa irradiando por todas partes luz, con amplísima ventilacion, con mobiliario útil, sencillo, poco costoso en sus muebles y objetos de utilidad y uso cotidiano, y verdaderamente artístico, con seleccion de obras y de autores, en la parte decorativa de vuestro museo, sin que en él aparezca esa aglomeracion y amontonamiento de objetos, semejantes á tienda de quincalla puesta en liquidacion. Las ropas en orden y clasificacion detalladísima, sin más adornos que la pulcritud más esmerada y el más económico aprovechamiento; y la casa, por último, y sobre todo limpia hasta en sus más retiradas estancias, cuidadosamente revisada por vuestros indagadores ojos, y constantemente atendida por vuestras ágiles y dispuestas manos.

Tal ha ser vuestra morada *En el campo*, nido hermoso y practicable para el desenvolvimiento de la niñez, asilo cómodo y tranquilo para la melancólica ancianidad, y centro indispensable para la actividad y engrandecimiento de vuestra vida; sin que en él imperè la vanidad ni reine la molicie; sin que en él tome lugar la holganza, ni se sienta la suciedad ni se avecine la sombra, ni se recree la ineptitud. Así ha de ser el nido del hombre que quiera dar á la familia humana sus hijos, hechos miembros útiles y robustos, dispuestos al cumplimiento de los deberes racionales. Así, mujeres, criareis á las generaciones del porvenir aptas para la realizacion de los más grandes ideales; sí, al principio de mi trabajo os lo dije: es menester que en los planteles del hogar no se crien entes agostados por la anémia, roídos por la escrófula, con el sistema nervioso atrofiado por sensibilidades prematuras; con el espíritu socavado, ruinoso por un excepticismo irracional y un positivismo frio y egoista; poseyendo por toda riqueza una mísera y repugnante constitucion física y moral, con la cual perturban lastimosamente las leyes de la naturaleza y acarrean un lamentable retroceso en la marcha de los siglos; y solo en vosotras consiste esa regeneracion, ese acomodamiento hácia el progreso en que han de crecer los hombres de lo futuro. ¿Creeis, acaso, que habrá de ocuparse el varon de lo que solo y únicamente incumbe á la hembra? ¿Creeis que vuestros esposos, hermanos ó jefes de familia, han de fijarse en los minuciosos detalles del hogar, engranaje maravilloso y complicado de donde surge la educacion del

hombre y de la mujer? Pues si vuestros esposos, padres ó hermanos han de llevar sobre sí la responsabilidad de esos actos cotidianos, pequeños y constantemente impuestos á la vida de la familia, ¿qué será entonces de la vida social, de la vida colectiva de la gran familia humana? ¿Quién acometerá la resolución de los problemas de los pueblos, de los Estados, de las razas? ¿Quién asentará en sólido cimiento el templo de la justicia, y consagrará los deberes y los derechos en el santuario de la verdad? ¿Quién buscará los fines y los principios de la virtud y de la sabiduría, para aplicarlos al mejoramiento de la especie racional? ¿Quién indagará los hechos del pasado, para deducir exactas conclusiones sobre los del porvenir? Y ¿quién, en una palabra, reinará con cetro omnipotente en el imperio de las ciencias y de las artes?... Dejad al hombre cumplir con sus destinos, y tomad sobre vosotras el gobierno interior y esencial de la familia, y en ese gobierno desplegad toda la poderosa iniciativa de vuestra inteligencia, toda la elocuencia omnímota de vuestros sentimientos: esa casa es vuestro Estado; ese recinto es vuestra Nación y vuestro Pueblo, vuestro santuario, vuestra Religión, vuestro pasado y vuestro porvenir; en él y desde él podeis lanzar á los cielos una firme y serena mirada, seguras de que llegará hasta el mismo tabernáculo de Dios, y que será en él recibida á la par que la que el hombre le dirija desde el palenque social. Desde esa vuestra casa todo os está permitido; fuera de ella, bien para mostraros como juguete precioso en venta ó en subasta, ó bien para pretender la usurpacion de los destinos del hombre, estareis fuera de vuestro centro, y miserablemente expuestas al desprecio y á la sátira como lo están esos quisquillosos y pueriles varones que se acicalan con la nimiedad de los cuadrumanos, y viven entre las habladurías mujeriegas y los chismes de amoríos. Ellos y vosotras sereis entonces una risible excepcion de la Ley Natural.

ROSARIO DE ACUÑA.

*En El Ensayo de Guatemala, leimos la bellisima poesia que copiamos á continuacion, no hemos visto ninguna camposicion más delicada y que mejor pinte los delirios y las esperanzas que anteceden á la venida del primer hijo; las madres juzgarán mejor que nosotros.*

Aquel domingo por la mañana,  
La cuna vino del almacén,  
Y el colchoncito de blanca lana,  
Para la cuna llegó también.

Junto del lecho de los esposos  
El tibio nido se colocó,  
Y con encajes voluptuosos  
La colgadura se le formó.

¡Qué buen domingo! qué hermoso día!  
A punto estaba de oscurecer,  
Y alegre Clara, se divertía  
Los cortinajes en componer.

Aquí las colchas, recién sacadas,  
Blancas y tibias, de su baúl,  
Y encima puestas dos almohadas  
Transparentando su fondo azul.

Sobre la cuna la cruz bendita  
Con una palma pequeña al pie,  
Y al otro lado, la virjencita  
Que para el niño guardada fué.

Vino la noche, la casta cuna,  
Ya concluida, puesta quedó  
Y un apacible rayo de luna  
Entre sus ropas se acurrucó.

Abriendo Clara, su zosturero,  
En la mesilla puso el quinqué,  
Mientras, fumando rico veguero,  
Alegre Carlos tomaba el té.

Junto á la mesa Clara cosía,  
Y el buen esposo, fuera de sí  
La suelta cuna lento mecía,  
De gozo lleno diciendo así:

Verás: mi alma no se equivoca  
Yó te lo digo: será mujer....  
Tendrá tus ojos, tendrá tu boca,  
Cual la del sueño que tuve ayer.

Los ojos negros grandes, rasgados;  
Castaño el pelo también tendrá,  
Y de sus labios tan encarnados,  
La misma fresa se encelará.

Cuando nos venga... luego muy luego,  
Cuando la mande nuestro buen Dios  
Como hace frío, junto del fuego  
La velaremos siempre los dos.

Verás, mi vida, como sonrie  
Por las mañanas, al despertar:  
Verás, mi cielo, como se engrie  
Y con los ojos nos quiere hablar.

Y ya creciendo, la llevaremos  
Los dos del brazo por el jardín,  
Y vultos niños, reloxaremos  
Hasta que Vesper salga por fin.

Será muy bella... ¡Si ya la veo  
Causando siempre la admiración,  
Siendo de todos vivo deseo,  
Y solo nuestro su corazón!

He de ponerla tu mismo nombre:  
—No, dice Clara,—que loco estás!  
Si lo presienta! ¡Si será hombre!  
Rubio, gallardo ya lo verás!

A esta alcoba le falta abrigo,  
Ya los balcones mandé ajustar,  
Que por la puerta, por el postigo,  
Un soplo de aire se puede entrar.

Será tan débil... El pobrecito  
Irá cobrando fuerzas despues;  
Pero cubriendo su cuerpecito  
Calentaremos sus blancos piés.

Y su cabello rúbio, rizado,  
Yó con mis manos alizaré,

Y entre mis brazos aprisionando  
Sin que me entienda le charlaré.

Verás al verle, como reimos:  
Por las alfombras gateando irá,  
Y cuando advierta que le seguimos,  
Verás si sabe decir papá!

Cuando se acueste, como una loca  
Un beso largo daré en su sien,  
Dos en el cuello, tres en la boca,  
Cinco en los ojos, diez.... hasta cien.

Como cristiano, desde pequeño  
Sus oraciones sabrá rezar:

¡Ver me parece con cuanto empeño  
Su media lengua quiere ensayar!

Y así diciendo Clara, soñaba  
Tan á lo vivo su porvenir,  
Que de alborozo llena, cantaba  
Como si el niño fuese á dormir.

Luego siguiendo con ansia rara,  
Ambos hablaban como en tropel:  
Tus mismos ojos! Tu misma cara!  
¡Si será ella! ¡Si será él!

EL DUQUE JOB.

---

## DICTADOS DE ULTRATUMBA

---

### LA MURMURACION.

Insecto ponzoñoso que infecciona,  
Como insensible y roedor gusano,  
Cebándose furioso en la persona  
Sin observar siquiera que es su hermano.

¡El espacio infinito! nécio fuera  
Si pretendiera investigarlo yó:  
Pero aun más nécio si medir quisiera  
La grandeza de Dios.

El que se crea sábio, y os mire con desprecio;  
Decidle que es un nécio;  
El verdadero sábio  
Lo muestra en su humildad

¿Lo entiendes Fabio?

*Médium G.*

---

## PENSAMIENTOS.

La conciencia vale por mil testigos.

Los ojos de los huérfanos dicen más que la pluma de los escritores y la lengua de los tribunos.

El abstenerse de hacer el bien cuando se puede y debe, es tan pernicioso como producir el mal.

El progreso es un libro eterno, que nunca llegaremos á su epílogo, por que éste, sería su negación.